



ZTF-FCT
Zientzia eta Teknologia Fakultatea
Facultad de Ciencia y Tecnología

MISIÓN EN LA TIERRA

Premio UPV/EHU de la VI Edición (1994)

Iban Zaldúa González



MISIÓN EN LA TIERRA o Una aproximación a la space *zarzuela*

No tendría que haber aceptado. Son las cosas que siempre se dicen una vez que ya estás metido, y hasta el cuello. Pero lo cierto es que hice mal, primero, en levantarme aquella mañana lo suficientemente sobrio como para leer y descifrar el ultrafax que me enviaba —aunque todavía no lo sabía— el T.B.B. y, segundo, en picar el anzuelo de los trescientos mil euros nuevos que agitaron delante de mis narices por bajar a este vertedero. Ahora estoy muerto. Es una extraña sensación. Es como si te estuvieran haciendo cosquillas en la planta de los pies todo el rato. Y hace fresco.

Todo comenzó hace apenas dos semanas. Estoy en el sofá de mi oficina —un local sumamente húmedo, en medio de la torre de oficinas más alta de Arboleda, decorado sólo con los viejos hologramas que regalan con el Playboy—, durmiendo la mona, cuando pibpibbipib recibo un ultrafax, me levanto y, cosa infrecuente, lo leo al instante. Aquello huele a pasta de la buena. Casi en tono de mando se me convoca para dentro de dos días estándar en Nueva Euzkadi, lo que se me antoja un poco precipitado, pero el código adjunto para obtener un billete gratis en la hiperlumínica de las 4:40 de Lufthansa y en *First Class* no ofrece lugar a dudas. Me encantan las azafatas de Lufthansa.

El viaje fue delicioso, sobre todo después de haber pasado por el compartimento de la *Tourist Class* y haber comprobado el común apiñamiento en hamacas de metal de trescientos cincuenta pasajeros sin suerte y abandonados por sus desodorantes biogénéticos. En primera no íbamos más que un eurodiputado que regresaba a casa y yo. A primera vista parecía un tipo bastante envarado, pero no tardé en comprobar que hasta los políticos pueden ser personas. El bourbon era sintético pero gratis, así que nos corrimos una juerga de dos días que pasará a los anales de la compañía interestelar, o eso pienso, si tenemos en cuenta el número de veces que enviaron a los robots sanitarios a inyectarnos genodramina



contra algo que no se sabía bien si era mareo espacial, curda cósmica o una indisoluble combinación de ambos males. Algo me decía que más valía llevar mi asunto con discreción, así que por supuesto no revelé mi verdadero nombre y adopté una de mis más queridas identidades secretas, la de Juan José Nadal, comerciante de leche en polvo excedentaria para planetas en vías de desarrollo, empleo lo suficientemente poco respetable como para no llamar la atención en primera clase. El eurodiputado se lo tragó —al menos eso me pareció— e incluso me dejó su tarjeta por si durante mi viaje de negocios tenía tiempo de hacerle un visita en la capital: conocía una sidrería donde hacían una tortilla de bacalao de órdago.

Nos despedimos antes de pasar por la aduana: el coche oficial le estaba esperando y yo, sin embargo, tendría que unirme al resto de los pasajeros en la zona de control: la parte más engorrosa del viaje. Con los cibertzainas me convenía más utilizar mi verdadero pasaporte, así que tras el análisis de sangre, las mediciones craneométricas y el consabido «¿Piensa usted quedarse mucho tiempo?» me estamparon en la solapa un visible adhesivo verde con una «m» minúscula en medio y me soltaron. Aquello me daría más libertad de movimiento en el planeta que a la mayoría de los turistas, que salían con la «M» mayúscula sobre fondo rojo. Todo gracias a que mi madre se apellidaba Belaustegieta. Aquel pequeño detalle me eximía, por ejemplo, de tener que tomar uno de aquellos lentos aerotaxis para Maketos, tan poco apropiados para una huida si algo salía mal. Pero ni siquiera hizo falta buscar transporte. Suponía que mi cliente daría alguna señal de vida en el astropuerto, pues en el ultrafax no había ninguna indicación clara sobre lo que tenía que hacer después de llegar a Sondika Terminus. Me hicieron una seña desde un coche oficial y entré en él. El eurodiputado que había conocido en la nave estaba allí. La verdad es que tenía que habérmelo olido. El tipo sonreía detrás de sus gafas oscuras y me saludó de nuevo.

—¿Ha tenido usted buen viaje, señor Nadal... o debiera decir señor López Belaustegieta?

—Preferiría que me llamara Cosmic José, si no le importa, señor... —estoy muy orgulloso de mi alias: todo detective galáctico que se precie ha de escoger uno o, si puede, más de uno a lo largo de su vida profesional.

—Oh, vamos, olvídense del nombre que le he dado. Como usted supondrá bien, ni me llamo Anasagoiti, ni soy eurodiputado, sino...

—... un agente del Gobierno Vasco, o mejor dicho, del T.B.B., encargado de vigilarme. Muy listos, sí señor.



—En cualquier caso, estamos bastante contentos con su actuación —repuso, tras una corta pausa, el agente—. Vemos que es usted capaz de hacer las cosas con la necesaria... discreción.

—No me diga...

El coche volaba ya, bajo y muy rápido. Yo intentaba aparentar tranquilidad, frialdad, dominio de la situación. En la Academia siempre era el más hábil en adoptar la pose «flema británica». La verdad es que ardía en deseos de saber de qué iba todo aquello.

—En fin, quizá podría indicarme, si no le parece mal, cuál es la razón de este viaje, señor...

—Puede llamarme señor Robles, si le apetece. No se precipite, habrá tiempo para todo. Disfrute del paisaje mientras llegamos.

A mí lo del paisaje, la verdad, me deja un poco frío, pero por no llevarle la contraria miré. La «armónica dispersión de caseríos y ermitas por los verdes e irregulares valles» sobre la que tanto se prodigan los paquetes tridi de la Consejería de Turismo era bien visible a lo largo de todo el recorrido, y también la enorme extensión de los bosques de coníferas, de la que no se proporciona tanta información para no reconocer los reiterados fracasos de la Administración en aclimatar robles y hayas. Quizá haya que explicar, sobre todo si no han estado nunca en esta joya del universo, que Nueva Euzkadi es un planeta muy montañoso y que tiene la particularidad de que sólo están habitadas las zonas templadas, siendo la amplia banda ecuatorial un desierto pedregoso totalmente despoblado. Las concentraciones de H₂O superficial son muy escasas y, aunque hay algunos grandes lagos de agua dulce, no se pudo llevar a cabo uno de los programas seminales de la colonización, el Plan Arrantzale. Al fin y al cabo, y como cuentan las malas lenguas, el mundo asignado al Gobierno Vasco por la Unión Europea de Planetas era un «resto de serie» y tampoco es cuestión de pedirle peras al blatzoc.

Tras surcar el espacio aéreo de Hiriburu, la capital, y un poco bruscamente, nos posamos frente a un bar de aspecto destartalado en las afueras de la ciudad. El tabernero, sin que mi acompañante le hiciera una sola señal, nos condujo a la trastienda indicándonos que bajáramos por una escalera de mano que penetraba en un pozo bastante profundo. Al final de la escalera e iluminado por una potente luz de neón había un túnel cuyo final se perdía en una curva. Un vehículo monopatín nos esperaba con los motores encendidos. El viaje por el túnel fue fugaz; la velocidad, de vértigo. Cuando paramos, no me cabía ninguna duda de que nos halláramos en los sótanos de JAUREGIA, la sede central del Tecno Buru Batzar.



Cualquiera que haya visto alguno de los anuncios del Nódulo de Atracción y Turismo de Hiribururu habrá podido comprobar que la reconstrucción del Palacio de Juntas de Guernica, con su retoño del Viejo Roble y todo, queda bastante empequeñecido junto al enorme edificio de cristal, cemento y titaluminio que domina, junto a la catedral, las alturas de la villa. Tras las inevitables y engorrosas comprobaciones de los cibertzainas de combate que custodiaban aquel acceso secreto, un miñón de protocolo nos condujo hasta la Gran Sala de JAUREGIA. O sea que se trataba de un encuentro al más alto nivel. Empecé a ponerme nervioso y a pensar que quizá no había sido tan buena idea, después de todo, aceptar aquel trabajito, fuera lo que fuera. A pesar del bourbon de la astronave. El señor Robles se despidió de mí ante las altísimas puertas de acero del reducto del Tecno Buru Batzar.

—De ahora en adelante es cosa de *ustedes* — me susurró, no sin cierta ironía. Me despedí con una mueca. La resaca se me había borrado de golpe.

—Egunón, Sr. L. Belaustegieta —la voz, grave, provenía de todas partes y retumbaba contra las paredes del enorme recinto abovedado. Frente a mí, un amasijo de tubos, luces parpadeantes, plataformas, escalinatas de mantenimiento y cintas de información girando sin cesar, alto como un edificio de cuatro plantas y coronado con los símbolos del Viejo Partido. Era su voz. La Voz.

—Buenos días —no me atreví siquiera a entonar mi habitual sonsonete «Puede llamarme Cosmic José, *doc...*».

—No tenemos mucho tiempo, así que me perdonará si omito los detalles históricos —la Historia nunca ha sido mi fuerte pero, en fin, si se me escapaba algo para eso estaba la Enciclopedia Galáctica—. Necesitamos a un tipo como usted para una tarea, diríamos, relativamente delicada. Cabe añadir que se trata de una misión de carácter altamente patriótico, de la que cualquier euzkadiano podría sentirse orgulloso. Y peligrosa, bien es cierto. Aunque en su caso supliremos el patriotismo por una buena cantidad de dinero, si no le parece mal.

Silencio. Era incapaz de decir nada, aunque sabía bien que todo aquel dispositivo no era más que una tramoya audiovisual cuyo único objetivo era impresionar. El espacio físico ocupado por el T.B.B. —un superordenador de ultimísima generación, autorreciclable y prácticamente indestruible— podría no ser mayor que una habitación de 3 metros cúbicos y estar detrás de todo aquel escenario a lo *Star Trek* o a cientos de kilómetros de distancia. Pero el sitio cumplía con su cometido a la perfección. El Partido seguía teniendo en nómina a un buen plantel de psicoasesores.



—Como habrá supuesto, se trata de una acción de vital importancia para el T.B.B. y, por lo tanto, para Nueva Euzkadi. Iremos al grano. Quizás no lo sabrá, pero en la base de la Inteligencia Artificial del T.B.B. —y esto es lo que nos diferencia de la mayoría de los otros Sistemas de Control Democrático y MacroPolitburós— hemos logrado fundir el genio político de nuestros mejores y más destacados dirigentes e ideólogos a lo largo de los últimos tres siglos y medio: Gallastegui, José Antonio Aguirre, Ajuriaguerra, Leizaola, Uzturre, Arzalluz, Monzón, Garaicoechea, Montero, Idígoras, Garmendia, Aizpuru-Murua, Atxurra, etc... Nombres que no le dirán nada, espero. Gracias a complicados procesos tecnogénicos hemos logrado rescatar la «personalidad», por así decirlo, de estos prohombres. Y, en cierto sentido también, nosotros somos ellos. Conjugando sus virtudes y eliminando los escasos defectos, e insertos en uno de los modelos macroinformáticos más potentes de la Galaxia, podemos hacer frente a todos los problemas políticos de nuestra más bien, como usted sabe, revuelta federación. Prever las consecuencias de determinada acción, complotar adecuadamente con esa o aquella fuerza del Parlamento Estelar, administrar con justicia los recursos del planeta, en fin, todo lo que forma parte de la función del clásico equipo político, repito, todo, lo llevamos a cabo conjuntamente, sin fisuras y teniendo en cuenta el bagaje de décadas y décadas de experiencia.

Estaba empezando a aburrirme. Aunque acostumbrado al habitual orgullo lleno de conmisericordia de nuestros ordenadores y robots, no estaba en absoluto preparado para soportar una autohagiografía de dimensiones épico-cósmicas. Sobre todo sin ni siquiera saber a qué venía.

—Se preguntará con qué objeto le cuento todo esto —concho, pensé, ¿acaso alguna de aquellas apolilladas glorias había desarrollado poderes telepáticos allá en la vieja Tierra?—. En la época del Corto Adiós el proyecto del T.B.B. estaba ya muy avanzado, pero la precipitación con que tuvimos que abandonar la Tierra nos impidió completar todos sus objetivos. Tejidos y muestras genéticas de todos esos dirigentes que le he mencionado viajaron sin problemas hasta aquí y, lentamente, fuimos haciendo realidad el sueño de las primeras e imperfectas células del T.B.B....

—Pero algo falló...

—Efectivamente. Minuciosas investigaciones internas han descubierto que la negligencia o la traición de algún funcionario del tiempo de la colonización resultó fatal: por alguna razón una de las muestras genéticas más importantes —la *más* importante— no se recogió y fue sustituida por una falsa. Nos ha costado lustros saberlo. Pero es vital. No voy a extenderme en describirle la batalla política que se avecina, con la asigna-



ción de los nuevos planetas paraterráqueos descubiertos en las Nubes de Gargon; supongo que estará enterado por la ultraprensa —aquí se equivocaba: no estaba abonado más que a los canales deportivos y a los pornográficos, y me los cortaban casi todos a mitad de mes por no satisfacer las cuotas a tiempo—. Resumiendo: tenemos que poner en juego toda nuestra capacidad. Y para ello nos falta la pieza fundamental. Nuestro Fundador. Su misión será traernos los restos de Sabino Arana —los primeros compases del *Gora ta gora* hicieron temblar toda la sala.

—¿De la Tierra? —pude pronunciar no bien se apagaron aquellas notas—. Ustedes están tarados. No será servidor quien se atreva a bajar a esa sopa de fideos radiactivos y tribus oligofrénicas. Olvídenme.

—¿Ni siquiera a cambio de diez millones de lizardis?

Hice un cálculo rápido. No estaba mal. Pero que nada mal.

—Pero, ¿por qué yo? No tiene sentido. Podrían utilizar un agente mil veces mejor entrenado, o un robot de asalto, qué se yo. Les saldría más barato y sería más seguro.

—Ciertamente. Pero los espías enemigos caerían enseguida en la cuenta. Recuerde que la Tierra está aún bajo mandato de la O.N.U., o de lo que queda de ella. Ya sabe de nuestras relaciones con esta institución. Tampoco queremos alarmar a nuestros «colegas» europeos. Si esto funciona estaremos más cerca del liderazgo interestelar que nunca. No nos podemos fiar ni siquiera de nuestros tradicionales aliados. Sin embargo, nunca sospecharán de un piojoso detective de La Margen como usted. Saben que cualquier euzkadiano se cortaría la lengua antes que hablar siquiera con uno de ustedes —¿era posible captar en aquella verborrea electrónica un deje de desdén? Me lo estaba pareciendo—. Usted está aquí de incógnito. Sólo tendrá que darnos el número de su cuenta y le abonaremos ahora mismo la mitad. Los otros cinco millones los tendrá después de que el asunto esté resuelto.

—Pero mi experiencia en misiones terrestres es nula, no sabría...

—No se esfuerce, señor L. Belaustegieta. ¿Cree que no lo conocemos todo sobre usted? ¿Incluso sobre esos por lo menos dos trabajitos que ha llevado a buen término en la Tierra? Para dos grandes multinacionales piratas, además, si nuestra base de datos no registra mal: la Zoomatic Inc. y B.S.M. Casualmente, las competidoras más directas de L.A.S.C., la empresa que gestiona su plan de pensiones. Dudo que esa esporádica colaboración les pareciera positiva a los de L.A.S.C. Ni a la autoridad interestelar, claro. Pero no se preocupe, aunque sabemos que es absolutamente ilegal, pierda cuidado, no le vamos a denunciar: le necesitamos.

—Sin embargo, nunca he estado en el País Vasco...



—Euzkadi, si no le importa. Lo sabemos. Pero en la situación actual, las similitudes entre las zonas son mayores que las diferencias. Nos estamos refiriendo a los peligros, claro. Usted posee *esa* experiencia. En cuanto a las peculiaridades de nuestro pequeño y amado terruño, le pondremos en contacto con gentes que le ayudarán.

—¿De cuánto tiempo dispongo para pensármelo?

—No puede pensárselo. De hecho, si se niega no saldrá vivo de aquí. Nadie le ha visto entrar. No creemos que un cúmulo de estrellas tan periférico como La Margen esté dispuesta a plantear un conflicto diplomático por un detective de vacaciones muerto en una refriega de taberna.

—Está bien —no había escapatoria, eso estaba claro—. Pero quiero mi dinero en euros nuevos. Nada de lizardis. Al cambio corriente.

—Le advierto que en la coyuntura monetaria actual...

—Ta, ta, ta. No me larguen el rollo que han hecho aprenderse al Consejero de Economía y Hacienda.

—De acuerdo —¿había sido aquello un gruñido de contrariedad?—. Pero no hay tiempo que perder. Hemos preparado un libro blanco con todos los detalles que le será entregado a la salida. Ahora sobre todo se trata de no despertar sospechas. Visitará la ciudad como un simple turista y se largará mañana en una astronave de línea que hace el recorrido Nueva Euzkadi-Luna. Desde allí viajará a Estación Mirador II. El resto está en las instrucciones. Ah, y no intente escapar con el dinero. Hasta que descienda sobre la Tierra no dejará de estar vigilado. Pero eso ya lo sospechaba, supongo. Agur, señor L. Belaustegieta. No volveremos a vernos.

Cometí el error de crearme todo a pies juntillas. A fin de cuentas, no llevan a nadie ante el mismísimo T.B.B. sin una razón de peso. Eso pensaba entonces, al menos.

El miñón de protocolo había vuelto a aparecer, silencioso, y me condujo hasta el túnel por el que había llegado a JAUREGIA. Regresamos a la taberna, que no era del todo falsa y estaba muy animada con los chiquiteros del mediodía. Pedí una botella de sidra y me senté en un rincón para hojear los materiales que me habían dado durante el trayecto. En la carpeta sólo había un disco pequeño que introduje rápidamente en mi microordenador. La pantalla se iluminó con los colores de la ikurriña. Tras los acordes del himno y la publicidad, una voz me advirtió de que la grabación se autodestruiría en cuanto acabara de visualizarla. Me lo tuve que aprender todo de memoria, mierda. Cuando terminé, afuera estaba oscuro, sobre mi mesa había dos botellas de sidra y los restos de tres



chuletones y el camarero no me había denunciado, todas ellas pruebas palpables de que el T.B.B. había cumplido con su palabra y de que mi tarjeta de crédito estaba más en forma que nunca, lo que no era mucho decir. La información del disco quedó reducida a una inofensiva y antediluviana versión de un conocido videojuego al que logré arrancar más de cien mil puntos antes de terminar la séptima cuajada del postre. La única parte del programa turístico que me había preparado el T.B.B. como tapadera era la cena en Quarzac. No me hice de rogar y me dirigí hacia el afamado restaurante sin haber terminado la digestión previa.

A la mañana siguiente cogí el vuelo a la Luna, uno de los más aburridos que existen, y además en la clase turista de un crucero de Hesperia, compañía conocida principalmente por sus asquerosos zumos de naranja. De todas formas, me conformé con acabar con toda la reserva de Alka-Seltzer de la nave. Sin comentarios.

La Luna seguía siendo el pedrusco agujereado y lleno de anuncios luminosos de toda la vida. Las sesenta antiguas bases lunares se habían convertido en casinos, hoteles, restaurantes, institutos universitarios, prostíbulos y bares de lo más variado, la antesala de perdición de uno de los complejos turísticos más importantes de la Federación de Planetas Europeos, los Miradores, mi penúltimo destino. Podía haberme demorado algún tiempo allí, pero temí por mi cuenta corriente, sin contar con la actitud de los agentes del T.B.B. que sin duda me vigilaban, así que permanecí en la terminal esperando a que saliera el primer transbordador hacia Estación Mirador II. Seis horas más tarde me hallaba allí, ante una maravillosa y nubladísima vista del hemisferio norte de la Cuna De La Humanidad, como decían los docuprospectos que nos entregaron nada más llegar a aquel enorme huso, mitad museo, mitad balcón. Hay otras siete estaciones como ésa en la órbita de la Tierra y no cabe duda de que son un gran negocio. Millones de turistas de todos los puntos de la Galaxia se acercan cada año a esas estructuras de metal suspendidas a 10.000 km de la superficie terrestre, con sus excelentes vistas al marco incomparable, sus lugares de diversión, sus hoteles y sus salas de conferencias. De hecho, allí se celebran los más importantes simposios y convenciones de la federación y quién más quién menos todo el mundo procura pasar allí su luna de miel.

Es lo más cerca que se puede llegar de la Tierra. A partir de ese punto sólo tienen permitido visitarla las misiones oficiales y las expediciones científicas autorizadas. Todo lo referente a lo que pasa allí es secreto oficial: nadie conoce cuál es el porcentaje de éxitos de los programas de investigación y el resultado de las misiones diplomáticas es también un



misterio. Circulan cientos de historias acerca de mutantes asesinos y ejércitos de irredentos que siguen haciendo uso de lo que quedó del armamento nuclear después de la primera Catástrofe, pasto de malos guiones para holofilms de serie Z. Yo, que he visitado alguna que otra vez la Tierra, puedo afirmar que la realidad es muchísimo peor. La Tierra es una locura. Ya debía de serlo antes de la Guerra, pero ahora supera todo lo imaginable. Ni siquiera puedes soñar con comer regularmente, y menos en alojarte en algún lugar decente. La Prohibición es un problema menor. Todo el mundo sabe que hay agencias de viaje especializadas en safaris terrestres, siempre bajo la única y exclusiva responsabilidad del turista y a precios astronómicos, claro. Los aduaneros se sacan sus buenos cuartos de este tráfico ilegal que la mayoría de las veces acaba mal. En anteriores ocasiones había utilizado siempre esta vía para bajar, pero las últimas investigaciones que ligaban la financiación ilegal de ciertos grupos parlamentarios con el turbio negocio de los *tour-operators* terrestres habían hecho del descenso una tarea un poco más dificultosa. Aparte de que yo tenía que obrar con más discreción.

Según las instrucciones yo iba a seguir otro camino. Caritas lanzaba mensualmente desde los Miradores cuatro cápsulas de ayuda humanitaria; uno de los envíos del Mirador II tenía como destino precisamente la diócesis de Calahorra. La cuestión era colarse en el momento justo y sin que los androides de mantenimiento lo notaran. Nada del otro jueves para un avezado detective como servidor: hábilmente camuflado entre tetrabricks de marmitako, kaikus azulgranas y facsímiles de *Bizcaya por su independencia*, pasé los cuatro controles pertinentes sin despertar la alarma. El viaje, además de incómodo, era, en cualquier caso, un poco más accidentado que el de un crucero espacial, sobre todo el aterrizaje, dejando aparte el hecho de que no parecía que los prestacionistas que hacían el Servicio Social en Caritas tuvieran demasiado cuidado con las coordenadas de destino: podía caer a cientos de kilómetros del objetivo que me había asignado el T.B.B., en la costa. Aunque también podía estallar el depósito de combustible, o ser derribado por alguna defensa antiáerea aún activa.

¿Para qué voy a mantener el suspense? Efectivamente, la cápsula, en vez de aterrizar cerca de lo que alguna vez fue el Gran Bilbao, cayó en el gran río que actualmente recorre, de este a oeste, la Llanada alavesa. Estaba preparado para tal eventualidad, pero hube de actuar con gran rapidez, dada la escasa flotabilidad de las cápsulas de ayuda humanitaria: me enfundé un sencillo traje dermobranquial, aseguré los cierres de la mochila hermética y esperé a que la cápsula tocara fondo para hacer saltar la escotilla y salir a la superficie. Pese a la poca visibilidad que permitía el



limo pude observar que aquel lecho no era un destino raro para millones de euros de ayuda humanitaria: haciendo un somero cálculo, diría que allí abajo había no menos de ocho cápsulas como la mía. En fin.

Era de noche en la Tierra, momento en que todo adquiere un tono entre púrpura y rojizo, muy oscuros, eso sí. Armé mi Astra nada más desprenderme del traje. En la Tierra no te puedes fiar, aunque por aquellos alrededores no se veía nada de nada, ni la luz de una fogata. Todos han oído hablar de fantásticas historias sobre la Tierra en las que aparecen hombres cubiertos de pieles que habitan en cuevas o en palafitos, triceratops pastando tranquilamente junto a vacas alienígenas, ruinosos bares de carretera con Wurlitzers que vomitan sin parar música de los años 1960, mutantes de colores diversos dispuestos a rajarte por nada. Pues todas esas historias, salvo el detalle de las gramolas, son absolutamente ciertas. Lo digo para que a nadie le parezca exagerado el terror que me embargó, poco después de empezar a andar, al ver un grupo de luces a lo lejos. Podía ser cualquier cosa, y pocas «cualquier cosas» de la Tierra que yo conociera tenían intenciones más amistosas que pedirte, por favor, que les invitaras a un trago de sangre. De tu propia sangre, por supuesto. Yo no tenía muchas ganas de emociones fuertes, así que decidí esperar a que la mañana siguiente me despejara más la visión y las ideas. Hinché la tienda, tomé, muy adecuadamente, un par de tabletas de concentrado de patatas a la riojana, me introduje en el saco y dormí a pierna suelta.

Amanecí lleno de fuerza y esperanzas. El leve picor de la radiación sobre mi piel no era excesivamente molesto, y en todo caso los efectos de la inyección anticontaminación durarían al menos otros siete días. No había nadie cerca y, un poco más allá, donde había visto las luces, se alzaban las ruinas de una ciudad que no podía ser otra que Vitoria. No había tenido tan mala suerte, a fin de cuentas; estaba a menos de cien kilómetros de mi objetivo y en aquel amasijo de hormigón y hierros retorcidos podría encontrar a uno de los contactos que me había asignado el T.B.B. Bastaba con llegar hasta los restos de la Universidad, cosa harto difícil porque no estaba el ambiente como para preguntarle la dirección a ningún transeúnte. Tuve que dar un par de vueltas y eliminar a seis mutantes succionadores antes de toparme con el edificio de ladrillo, perfectamente conservado, de la Facultad de Lingüística Preatómica. Hasta aquí, la información que me habían proporcionado coincidía punto por punto con la realidad. Los alrededores parecían vacíos, pero la misma pulcritud del campus denotaba que el edificio estaba vigilado por una veintena de cámaras y defendido con algo más que lanzas de pedernal.



Me acerqué muy despacito y agazapado hasta el letrero de FACULTAD DE LINGÜÍSTICA / NO PASAR - EZ SARTU. Un paso en falso y un máser autoguiado me convertiría en fosfatina. Gracias a Dios, recordaba perfectamente la contraseña y, apretando levemente la marmórea «F» de Facultad, musité:

—*Jaungoikoa eta Lege Zarra.*

En el ambiente se dejó oír como un pequeño zumbido y supe que todos los sistemas de seguridad se habían desconectado. Al menos, eso esperaba. Me abrí paso entre matorrales de rosas violetas exquisitamente cuidadas y entré por la puerta principal, que no opuso la menor resistencia. Dentro todo estaba tan limpio y ordenado como a la entrada, aunque más que una universidad aquello pareciera un panteón. No me detuve a husmear por las dependencias: sabía que mi objetivo estaba en el tercer piso. Allí, en lo que quizás alguna vez fue el decanato, en medio de una sala demasiado grande, varios focos iluminaban un alto cilindro de material transparente que contenía un cerebro de dimensiones considerables. Dos o tres células ópticas dispuestas sobre varios paneles de control y pantallas de ordenador se volvieron hacia mí; puedo jurar que vi una especie de centelleo alrededor del líquido azulado que envolvía el cerebro.

—Supongo que es usted el agente que envía el T.B.B. Casi confiaba en que no apareciera por aquí —la voz sintetizada provenía de varios altavoces y sonaba a hueca—. Ya saben lo poco que me gustan las interrupciones.

—Y supongo yo que estoy frente a Joseba-Andoni, MacroDecano por los tiempos de los tiempos, amén. Siento muchísimo no poder estrecharle la mano —cuando me tratan sin el debido respeto puedo ser muy desagradable, vaya que sí.

Tuve que rodar ágilmente bajo la mesa de la impresora para evitar un garfio salido de vaya usted a saber dónde.

—No se pase de listo conmigo —la voz electrónica parecía enfadada—. No crea que le acojo de buen grado. Si no fuera porque esos ineptos del Departamento de Cultura no terminan de editar los discos de nuestro último número de la *Revista del Seminario de Lingüística Preatómica* en buena hora habría evitado que le despedazasen ahí fuera. Pero siempre están que si los presupuestos arriba que si las galeradas abajo y es el cuento de nunca acabar. Fíjese, si no: estamos a mediados de trimestre y todavía no han publicado el último número del año pasado. Una catástrofe.

Joseba-Andoni —su apellido se ha perdido en la noche de los tiempos— fue el único de los lingüistas vascos que optó por quedarse en la



Tierra tras la debacle civilizatoria, para seguir estudiando la lengua vernácula sobre el terreno. Era casi la única fuente de información para las universidades de la galaxia en lo que al tema se refiere. El número anterior de sus *Anejos a la Revista del Seminario de Lingüística Preatómica*, una edición casi completa de los edictos bilingües de la Diputación Foral de Vizcaya durante la década de 1980, con todos sus errores gramaticales anotados y comentados, había causado enorme revuelo en los círculos académicos de Nueva Euzkadi.

—No tiene que contarme nada sobre su misión, estoy enterado —prosiguió. Aunque conversaba conmigo parecía más interesado en las pantallas que le avisaban, por ejemplo, de la localización de un método de euskara para sordomudos en las cercanías del Txindoki—. Le proporcionaré un itinerario, un vehículo y compañía para su viaje. Con un poco de suerte y si no tienen contratiempos —¿había brillado de nuevo la solución que mantenía vivo el cerebro?— estarán a la altura de Pedernales mañana al mediodía.

En una bandeja habían aparecido un abultado sobre y las llaves de algo que sólo podía ser una bicicleta solar, un medio de transporte bastante arcaico.

—¿Y la compañía? —pregunté, un poco escamado.

—Hela aquí.

Por una puerta apareció un señor con gafas, grandes patillas y enfundado en algo que parecía una levita. A primera vista no daba la planta de un guardaespaldas demasiado fiable.

—Le presento a uno de mis androides-recopiladores. No se deje engañar por las apariencias: bajo su aspecto de sabio despistado se esconde una máquina de matar. La recogida de textos y diccionarios perdidos no es una tarea fácil en estos tiempos, créame, sobre todo si se quiere que los materiales lleguen a la Facultad en buenas condiciones. A éste le he dado el aspecto del Barón de Humboldt, por razones que supongo su mente no alcanzará a imaginar. Estará sometido a sus órdenes y no dudo que le será muy útil.

El cerebro seguía más interesado en el parpadeo de sus ordenadores que en mi presencia. Nos despedimos seca y brevemente. El Barón me condujo hacia el sótano que hacía las veces de garaje y allí descubrimos, bajo una lona raída, una bicicleta solar con sidecar que, pese a las décadas que debía de tener, lucía resplandeciente y nueva. Sin cruzar una palabra, la pusimos trabajosamente en marcha y subimos por la rampa que conducía hacia el exterior. La helioplaca ultraligera que cubría el aparato se bamboleaba peligrosamente, pero funcionaba. Las an-



chas ruedas de goma se adaptaban perfectamente al irregular terreno que rodeaba la facultad.

El problema iba a ser encontrar carreteras en buenas condiciones para avanzar con rapidez, lo que en el caso de una bicicleta solar se convierte en un concepto muy relativo. El mapa que me había entregado Joseba-Andoni traía indicaciones al respecto: había que dar muchos rodeos, pero el asfalto estaba casi intacto. Sólo una vez tuvimos que bordear un cráter de doce kilómetros de circunferencia originado seguramente hacía muchísimo por una táctica de baja potencia. El mayor peligro eran, por supuesto, los asaltos. En general los terrestres no suelen acercarse a las carreteras, sobre todo si están en buenas condiciones de conservación; supongo que es una manía atávica de los tiempos de la guerra, cuando los ataques se cebaban sobre las vías de comunicación. Había, sin embargo, excepciones, marcadas en el mapa con cruces rojas: los caseríos eléctricos, habitados por imprevisibles lugareños en estado semisalvaje. Algunos se encontraban junto a las carreteras y teníamos que evitarlos como a la peste, circulando campo a través para rodearlos —lo que tampoco era muy seguro, que digamos— o esperando a que cayera la noche. Había por lo menos setenta cruces de éstas en nuestro camino.

Mis intentos por mantener una conversación con el Barón habían resultado infructuosos: respondía amablemente a mis preguntas, pero en un correcto alemán que yo, por supuesto, no entendía. Iba muy envarado aunque, de vez en cuando, giraba la cabeza para contemplar admirativamente el paisaje, los neopinos, los restos de algún eroski: seguramente estaba programado para ello. El viaje, por lo tanto, no fue nada divertido; las vistas quizás sean interesantes para especialistas en botánica postnuclear, pero a mí me dejan frío tantos arbustos nudosos de colores imposibles y palmeras enfermas y ficus carnívoros.

Dos únicos incidentes sazonaron nuestro viaje. Aparte, claro, del poco interesante encuentro con una banda de parafalangistas, que se saldó con un contundente siete a cero. El primero no fue muy importante. Acabábamos de subir, con harta dificultad, un puerto de por lo menos segunda categoría, cuando la noche se nos echó encima y, por supuesto, la bicicleta solar dejó de funcionar. Acampamos junto a un antiguo edificio, probablemente una iglesia, bastante maltratada por el tiempo. El Barón aprovechó el hecho de que los androides ni comen ni beben para desconectarse y de paso no ayudarme a preparar la cena. Tras dejarlo como un pasmarote dentro de la tienda de plexiglás de camuflaje, y tras calentarme una tableta de cocido, me disponía a saborear uno de mis cigarrillos de marihuana cuando, de repente, me pareció escuchar algo así



como un rumor, un rumor que fue aumentando poco a poco de volumen hasta convertirse en un cántico, una letanía, o como demonios se diga en una obra literaria de calidad. Dando gracias una vez más al dispositivo del traje que me permitía pasar días sin acercarme a un urinario y no pringarme en situaciones como aquella, me acerqué a rastras hasta un matorral cercano. Ante mis ojos se desarrollaba una escena inaudita. Decenas de mutantes se acercaban, portando antorchas, a una piedra de contornos extraños que yacía al pie del templo. La extraña procesión la rodeaba, la envolvía lentamente y, a medida que más y más mutantes se unían al círculo, la piedra parecía adquirir un tono rojizo, empezaba a brillar. Pronto fueron cientos. Había mutantes de todas clases, más de las que creía que existieran: unicejos saltarines, kangamis alopécicos, galliformes con pies humanos —sucios, dicho sea de paso—, una variedad del tipo pirenaico con tres brazos e incluso algún sapiens sin ningún implante electromecánico. El sueño de cualquier safari clandestino. Pero no era el momento de pensar en trofeos. La ceremonia parecía estar terminando y sólo esperaba que las canciones de los congregados no despertaran los sensores del Barón, que probablemente querría seguirlos, abandonándome a mi suerte, para registrar aquella excelente muestra de la literatura oral de los indígenas. Uno de los más exaltados recitaba (transcribo aproximadamente):

*Mutante çar beldurgarria
otoitzæan soil-soillik dar-dar
illunabarrez ortzi ertæan
negar tantoa ortzadar
buruz bera begiratua
çeruaç dagi irribar
çurrumurruaç bandiesten du
«Al Bar, al Bar, al Bar!»*

Afortunadamente, el Barón no se enteró: sospecho que nunca habríamos salido de la zona. Entonces ocurrió lo más sorprendente. Trajeado y con corbata, un tipo no muy alto en el que creí reconocer las maneras de un conocido pensador y articulista de La Margen, se instaló tras un facistol portátil y comenzó a arengar a los mutantes allí congregados. No sé qué me hizo más gracia, si su discurso sobre la invención de las tradiciones y la maldición de no sé quién, o la máscara plástica de Unamuno con que se cubría la cara. Estuvo cosa de un cuarto de hora afanándose en hacer comprender a los mutantes que los ídolos, los dioses a los que invoca-



ban no existían y que todo era parte de un complot de «ellos» para utilizar sus cuerpos en el tráfico interplanetario de órganos, entre otras cosas. Los mutantes, como si estuvieran acostumbrados a él y a sus peroratas, se miraban, levantaban los hombros y se iban retirando silenciosamente, en pequeños grupos. Cuando todos se fueron, el pseudoUnamuno recogió su atril, las hojas, y desapareció. Puedo jurar que eso fue lo que creí ver allí arriba, en medio de la noche, muerto de frío: un rito que hubiera dado por lo menos para doscientas páginas de una tesis doctoral en Etnografía y algunas menos de Psicología. Aunque es posible que no hubiera sido más que un sueño. El resto de la noche traté de dormir, pero no pude, no sé si por la impresión que había dejado en mí la escena —onírica o no—, o por los ronquidos que emitía el Barón, de un realismo casi perfecto. Era inútil enfadarse con él o decirle nada: estaba programado para volver a conectarse a las ocho de la mañana.

El segundo incidente sucedió casi al final de nuestro camino, cerca ya de lo que había sido Guernica, en la última cruz que señalaba el plano. Aquella vez no fuimos lo suficientemente listos y tratamos de pasar junto al caserío eléctrico imprimiendo la máxima velocidad al aparato: no me cabe duda de que la impaciencia por llegar al objetivo final nubló mi entendimiento. A lo largo de la calzada había una red dispuesta para atrapar a incautos como nosotros: al pasar sobre la trampa la red se tensó, nos envolvió e hizo dar un par de vueltas de campana gracias a las cuales el velocípedo quedó literalmente destrozado y yo lleno de cardenales. La red parecía vieja pero desde luego había resultado efectiva. Le grité al Barón que hiciera algo y, apartando la uña de su dedo índice, hizo surgir un pequeño láser que rasgó longitudinalmente la malla; salió en un santiamén. Después me llegó el turno a mí. Empecé a sospechar de mi acompañante: si estaba programado para comprenderme y obedecerme, seguramente podía hablar en algún idioma que yo entendiera; no me cabía duda que lo del alemán —al igual que el concierto de ronquidos que me había interpretado— era una muestra más de la malicia de Joseba-Andoni para hacerme el viaje un poco más incómodo. Por la bicicleta solar poco había que hacer. Saqué mi mochila y amartillé la pistola en previsión de malos encuentros. Pero el silencio que reinaba en los alrededores era demasiado natural para resultar amenazador; incluso los gorrones leonados había vuelto a graznar alegremente tras el sobresalto del accidente.

Avanzamos hacia el caserío eléctrico —un robusto edificio convenientemente reducido a escombros, pero cuyas luces de neón seguían funcionando— y comprobamos que, efectivamente, estaba vacío. El Barón dejó de prestar atención a nuestra misión en cuanto le señalé un cua-



derno, un poco húmedo, con apuntes de estudiante de *euskaltegi* ¡de 1996! Y a su lado un volumen apollado, pero aún legible, titulado *Txondorrak, karobiak, elurzuloak. Bergara aldeko berbak eta langintza zabarrak*. Arqueología lingüística pura. Humboldt estaba ensimismado y no me cabe la menor duda de que ya estaba retransmitiendo la buena nueva a la Facultad. No me di cuenta de que todo era demasiada casualidad y, de hecho, bajé la guardia. Seguí inspeccionando las habitaciones, así que cuando recibí el primer golpe mi sorpresa superó con mucho el dolor que me había provocado. Porque ese tipo específico de golpes a la altura de la boca del estómago ya lo había probado antes. No tuve casi ni que alzar la vista para saber que eran dos clonicias de la Margen quienes intentaban reducirme. ¿Qué hacían dos servidores de la ley de mi propio sistema en la Tierra? ¿Por qué se movían tan silenciosos, sin entonar el habitual «queda usted detenido en nombre del Secretario General y el Progreso» que tantas veces he tenido que escuchar? Era un cuestionario cuyas casillas no podía rellenar de momento, por lo menos si quería salir bien librado. Llamé al Barón, pero éste no hizo ademán de aparecer: o seguía digitalizando el cuaderno u otros agentes se habían encargado de él. Tuve que actuar con rapidez. Tenía una ventaja: los clonicias me querían vivo, porque habían tenido todo el tiempo del mundo para convertirme en átomos y se estaban contentando con golpearme como a una estera. Con el puño busqué la nariz del más cercano de ellos y se la destrocé; lo dejé momentáneamente fuera de combate, lo que me dio tiempo suficiente para sacar mi Astra y destrozarle la caja craneana al segundo. El primero seguía en el suelo, quejándose. Es un golpe que nunca falla, su punto flaco: cualquiera que haya visto una fotografía de Pablo Iglesias se dará cuenta inmediatamente de que era de esos tipos con el tabique nasal débil. Todavía no entiendo cómo los genetistas de La Margen no han conseguido rectificar ese error de diseño. Lo encañoné. Puede que no fuera más que la copia policiaca de un estadista del lejano siglo XIX, pero tonto no era y sabía que unos cuantos cañamones de plomo no le iban a hacer ningún favor a su úlcera.

—¿Estás solo, especie de mamón? —un estruendo proveniente del piso de abajo me ahorró una continuación del interrogatorio— Será mejor que digas a tus compañeros que dejen en paz a mi amigo el Barón —casi me arrepentí de decir esto último, pero lo cierto es que las peleas unen mucho.

—Para, Pablo, me tiene cogido —gritó mi prisionero. El barullo cesó de inmediato.

—Vamos a bajar —le advertí; hice un ademán con la pistola indicándole que me precediera. El espectáculo que nos encontramos no era muy



edificante. Una pared ensangrentada y los trozos de lo que había sido un tercer clonía. El Barón se aferraba a sus apuntes, pero ni se había despeinado. Le pregunté si no había visto más clonías; obtuve el mismo éxito que durante el viaje.

—Ahora vas a contarnos qué leches hacíais aquí, Pablete —me dirigí al primer y ya único clonía, tratando de parecer duro y conteniendo la náusea que me producía la escena.

—Señor López, he de advertirle que podemos retirarle su licencia por todo esto y que...

—No te he pedido que hables de mi licencia; de hecho creo que caducó hace once años. Lo que me interesa es vuestra misión aquí, en la Tierra —el Barón seguía enfrascado en lo suyo sin mostrar el menor interés por la escena.

—Como usted sabrá, no soy más que un funcionario público. No le revelaré más que mi número de placa, mi nivel en la escala de corrupción y la hora. Asimismo, he de añadir que: No Podemos Perder El Tren De La Historia. Europa Es Nuestro Presente Y Nuestro Glorioso Futuro...

—Es verdad, olvidaba que estáis condicionados para no revelar secretos de Estado. Por lo menos a cambio de la cantidad que puedo ofrecer —hice dos disparos, directos al corazón, sin darle tiempo a entonar la Internacional (versión socialdemócrata)—. Que te aproveche. Hale, Barón, vámonos.

La cosa estaba bastante clara, de todas formas. La Margen sabía que Nueva Euzkadi estaba tramando algo con los huesos de Sabino y habían mandado a uno o varios comandos a vigilar; aquel caserío eléctrico abandonado era un lugar de paso seguro para cualquiera que quisiera llegar a la tumba por tierra. Para ello no habían dudado en violar todos los acuerdos referentes al planeta, donde sólo las tropas de la O.N.U. tenían derecho a intervenir: una acción contraria a la Convención de Ginebra, pero hacía tiempo que La Margen había dejado de hacer caso a esas sutilezas. La duda que me corría era si sabían que yo estaba metido en el ajo o no, si habían tenido tiempo para comunicarlo a sus superiores, si habían cancelado mi cuenta en el pub La Rossa. Si era así, tendría que dejar pasar un tiempo antes de volver por casa. He de confesar que no me preocupaba mucho: con los euros que me iba a embolsar podría asegurarme un retiro tranquilo en un asteroide tropical. Por una temporada, al menos. Siempre he afirmado que mi patria es el dinero; el mío, claro. Y si es mucho, mejor.

El último trecho lo tuvimos que hacer andando, pero ya faltaba poco para la bahía. Era la parte más fastidiosa de la misión: recuperar el cadá-



ver, o parte de él, de la tumba en donde estaba enterrado. La tarea no era tan fácil, porque, debido a que los casquetes polares se habían fundido, tanto Pedernales como su cementerio habían quedado por debajo del nivel del mar, a entre diez y veinte metros de profundidad, según los datos que me había proporcionado el T.B.B. El Barón se negó a acompañarme; por lo visto los androides encogen si los metes en el agua. Me hizo entender que me esperaría en el punto de inmersión. Me calcé el traje dermobranquial, cogí un cuchillo, un buscador y un azadón-láser y al agua patos.

No tuve que nadar mucho para darme cuenta de que aquello estaba más concurrido que en sus gloriosos días de turismo. Anocheceía y pese a que la luz se iba tornando cada vez más mortecina, tuve que sumergirme cuando vi un barco navegando por la superficie, cerca de lo que debía de ser la vertical del camposanto. No convenía que me vieran. ¿Quién podía ser esta vez? No tardé en averiguarlo. Junto a unas casas sumergidas y semiderruidas me encontré cara a cara con un submarinista; pese a la oscuridad pude reconocer los colores de la escafandra de la sección de arqueología del Chomsky Institute of Technology. Siempre metiendo las narices donde no les importa. Le rebané el pescuezo con tan mala fortuna que no pude sujetarlo para poder ocultarlo en el fondo y se me escapó hacia la superficie, haciendo sospechar sin duda a los otros miembros del equipo que algo no marchaba del todo bien.

Fue el momento crucial. Los del barco empezaron a tirarme una especie de cargas de profundidad y con la de cieno que levantaron no iba a ser capaz de distinguir el maldito cementerio. Bucear a siete metros por debajo de la superficie con el riesgo de que la escafandra se rasgue y traques un buen montón de litros de caldo radiactivo mientras esquivas las minas-buscadoras de los hombres del C.I.T. no era ningún ejercicio que me hubiera recomendado mi psicólogo de cabecera, pero, qué demonios, no pude dejar de hacerlo. Las minas-buscadoras, si eres un poco listo y dispones de suficientes contramedidas acústicas, son fáciles de evitar, pero pasaron las horas y al final llevaba demasiado tiempo dando vueltas en medio de las aguas turbias como para haber pasado siete veces encima del cementerio sin haberlo visto siquiera. El problema es que los bastardos de arriba no me dejaban encender los focos y lo peor es que al traje no le quedaba mucha autonomía. Pronto comenzó a faltar oxígeno, pero cada vez que intentaba alejarme de la zona para asomar la nariz por la superficie los muy cabrones me localizaban y una vez casi me fríen a tiros.

Aproveché el tiempo para reflexionar. Algunas cuestiones quedaban en la incógnita, como qué era lo que hacían los arqueólogos del C.I.T.



justo allí. ¿Estaban conchabados con La Margen para este trabajo? ¿Habían recibido, por tanto, órdenes de liquidarme? ¿O pensaban, acaso, que yo era un profesor asociado de alguna universidad rival contra quien había que defender su proyecto de investigación? ¿O era una maldita casualidad? Las minas-buscadoras explotaban cada vez más cerca y allí abajo no había donde esconderse; el aire del tubo principal se estaba volviendo irrespirable. Era una manera más bien estúpida de diseñarla, si se piensa bien; nada de cirrosis ni de exceso de velocidad ni de persecuciones por el Barrio Naranja de Neocaldo. Ahora lo sé todo. Si por un casual hubiera logrado salir de aquella, qué sé yo, pasando a la iniciativa, asaltando la lancha y matando, con unas ráfagas de la Beretta que le hubiera cogido prestada a un titular del C.I.T. al que le hundiría previamente el cráneo con el azadón-láser, matando, repito, a todos los miembros de su tripulación, que eran ocho, nueve, entre doctores y no doctores, todavía hubiese tenido que esperar a que todo el lodo y la arena que habían levantado esos energúmenos se volviera a depositar, bajar, buscar el cementerio, localizar la tumba, levantar u horadar la losa y sacar el ataúd de Sabino para comprobar que, concho, estaba vacío, que no contenía absolutamente nada.

Todo esto, claro, no podía saberlo antes de muerto. Como tampoco sospeché nada ni del incidente del caserío eléctrico, ni de la escena de al lado de la ermita; sin embargo, las calles de cualquier ciudad de La Margen están llenas de bustos de Unamuno, cuyo aniversario es allí fiesta nacional. Un detalle que, sin duda, debió ponerme sobre aviso. Esto de no saber las cosas de antemano es una de las grandes desventajas de estar vivo. Al volver al lugar donde había dejado al Barón de Humboldt, por otra parte, lo descubriría departiendo amablemente con el cuarto clonía de La Margen que, como tenía que haber sospechado, acompañaba a los tres que nos cargamos en el caserío eléctrico, siguiendo su inveterada norma de ir siempre en parejas. Un clonía que, por supuesto, iba a matarme no bien apareciera por allí, asegurándose del fracaso de mi misión, con la anuencia o ayuda del androide. ¿Por qué me traicionaba el Barón? ¿Por dinero? ¿A cambio de algún manuscrito sobre el euskara de Valmaseda a principios del siglo XXI, guardado celosamente en los archivos cloniales de La Margen? Si es que el precio tenía alguna importancia, claro, porque llegaría a la conclusión de que en el fondo del maquiavélico plan del T.B.B. estaba, ni más ni menos, que hacer creer a La Margen que yo, un piojoso agente renegado, al servicio del Viejo Partido, había fracasado en mi misión y que el equilibrio galáctico estaba a salvo, cuando la verdad es que el Tecno Buru Batzar ha estado al completo desde el princi-



pio, con el mapa genético de Sabino y todo, y se encuentra dispuesto a lanzarse, silenciosa y lentamente, a la conquista de la Federación. La misma complejidad del arácnido plan que había urdido es una prueba suficiente.

Ahora que estoy muerto, lo sé. Es una sensación un poco molesta, creo que ya lo he mencionado, quizás a causa de todo el agua que he tragado. Morirse tiene su gracia, de todas maneras. Por unos instantes eres omnisciente, como se suele decir. Te das cuenta de todo, desde lo del eslabón perdido hasta en qué bar de Neocaldo me dejó el N.I.F. la última tarde que me fui de chiquiteo con la cuadrilla. Incluso adquieres la capacidad de volar por el espacio a velocidades supralumínicas. A cuerpo, naturalmente. O, mejor dicho, *a espíritu*. No puedo verme, pero casi estoy seguro de que voy vestido con una sábana blanca y arrastro una bola de hierro. También parece que, una vez muerta, la mayoría de la gente se funde en los Secretos de la Armonía Universal y Perdona a Todo el Mundo, incluso a sus Enemigos. Al menos, eso recuerdo haber leído en el prospecto. Pero me parece que no he entendido mucho, o que no he querido entender, que también puede ser, porque de lo que tengo ganas es de levitar hasta Nueva Euzkadí y tocarle un poco las narices a ese Ordenador de mierda del T.B.B. O, puestos a hurgar en la nostalgia, de colarme en casa del sargento Cejúdez, el torturador de guardia de nuestro bloque en Neocaldo, y hacerle pagar, pelo de bigote a pelo de bigote, los malos ratos que me hizo pasar en su «sillita mecánica» cada vez que me pillaba utilizando tarjetas de crédito falsas en la máquina de chicles del Ave Xhestao-SuperAstroPuerto. No, decididamente creo que lo de la Paz Global no es lo mío, así que voy a tratar de aclarar alguno de los puntos oscuros de esta historia, porque me da la impresión que esto de la omnisciencia me va a durar más bien poco.

¿Por qué no me liquidaron desde el primer momento, cuando lo tenían más fácil, en el caserío eléctrico, dejando al gobierno de La Margen más tranquilo sobre el fracaso de mi misión? Me temo que —y ahora que lo sé todo sí que puedo aplicarle el epíteto más preciso— al inútil de mi escritor le gusta más el falso efectismo de esta revelación a posteriori. Resumiendo, vería que el ataúd está vacío, que lo del cuerpo de Sabino y su código genético es un fiasco y toda la misión una cortina de humo, una trampa sin fin. Se lo haría confesar al Barón después de sorprenderlo junto al clonía, que tendría que reducir previamente, para comprobar que, efectivamente, sabe hablar perfectamente castellano pero ha recibido órdenes directas de Joseba-Andoni de no hacerlo, más por hacerme el viaje aún más molesto —como sospechaba desde un principio— que por



miedo a alguna indiscreción suya. Situación absolutamente hipotética, pues la verdad es que no se me ocurre cómo, incluso en el caso de que hubiera llegado a librarme primero del clonicia, podría haber hecho hablar al Barón. Según lo que enseñan en la academia no hay modo de coaccionar a un robot, por lo menos no sin el material adecuado, que incluye, entre otras nimiedades, un mecanógrafo perfectamente equipado.

Pero incluso si hubiera logrado que el Barón confesara —después de sacarle uno por uno, con delectación, todos los relés de debajo de su piel sintética— al autor, que nunca ganará un premio Hugo, se le habría olvidado el pequeño detalle de cómo sacarme de este planeta de mierda porque, claro, llegar a la Tierra es relativamente fácil, ya se ha visto, pero salir, cuando los únicos que regresan —muy pocos— son los turistas clandestinos —y no siempre enteros—, los cascos azules y los miembros de las misiones científicas, salir, vaya, es un poco más complicado, sobre todo teniendo en cuenta que en el plan del T.B.B. no figuraban detalles sobre mi regreso, sólo que una nave espacial *tramp* euzkadiana vendría a recogerme a mí y al «cargamento» en un punto a concretar con los agentes en la Tierra. Ahora ya sé que su intención era que no saliera nunca vivo de aquí. Tampoco hubiera podido llegarme hasta uno de los astródromos internacionales y afirmar tranquilamente «Estoy aquí por error, miren mi pasaporte, observen mi carnet de investigador privado, me han engañado», porque para los soldados armados hasta los dientes que custodian las zonas de lanzamiento no hubiera sido más que basura radiactiva ni siquiera digna de los 1220 días de cuarentena especial. Todo esto si antes de llegar a uno de estos centros tan humanitarios no hubiera tenido un mal encuentro, con un lagarto gigante o con un indígena blandiendo tres o cuatro navajas suizas, que todo es posible con este autor. Ya se habrán dado cuenta de que ni siquiera ha logrado incluir una mala escena erótica. O, por lo menos, un episodio galante. Ni siquiera me ha descrito *a mí*, rubio, ojos azules, 1-84, sombrero de ala ancha, trajes de corte británico, porte señorial, excepcional atractivo para las señoras... Pero es inútil, no quiero insistir, seguro de que el muy traidor es también agente del T.B.B. y que se las arreglará para añadir al final, en un apéndice, el resumen del acta de defunción del protagonista —en este caso la mía, vaya ironía—, firmada y sellada por el Consejo Del Protectorado Terrestre, Sección de Economía y Recursos Humanos, Departamento de Estudios Demográficos, para hacer constar que José Miguel López Belaustegieta, (a) «Cosmic José», investigador por cuenta ajena, ha muerto ahogado —y no en whisky— en una zona conocida anteriormente como Mar Cantábrico (nivel de elementos radiactivos, R/77.540 en la escala de



Certamen Alberto Magno

Van Schleiken), que era moreno, cetrino, padecía miopía con un ligero astigmatismo en ambos ojos, medía 1-63, pesaba 72 kilos, tenía las uñas sucias y vestía en el momento de su fallecimiento un traje dermobranquial Aldanondo que falló tras aproximadamente seis horas de uso continuado a unos siete metros bajo el nivel del mar en Alicante. Fin. En fin.